


Sin madre concebidos: el absoluto patriarcal

Motherless Conceived: the Patriarchal Absolute

Florencia Abadi

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Correo electrónico: florabadi777@gmail.com

 ORCID: 0009-0004-7888-6646



Resumen:

La mitología griega presenta dos casos en los que Zeus, el gran fecundador, también se embaraza y gesta. Atenea nace directamente de la cabeza del padre, ya conformada como adulta e incluso vestida. Dioniso, cuya madre muere encinta, es colocado por Zeus en su muslo para que termine allí la gestación. Atenea será la asexual virgen sin mezcla, de nítida y madura individuación, que da nombre a la gran ciudad; Dioniso, en contraste, el afeminado dios de la ambigüedad, de la disolución embriagadora del vino, el siempre recién nacido para sus nodrizas las bacantes, el de las metamorfosis y la fuerza salvaje de los montes. La tensión entre ambas divinidades permite rastrear la fantasía oculta en que se funda el régimen patriarcal de Occidente: la de prescindir de la mujer para la reproducción de la especie.

Palabras clave:

Dionisio , Atenea, partenogénesis, patriarcado

Abstract:

Greek mythology presents two cases in which Zeus, the great fertiliser, also becomes pregnant and gestated. Athena is born directly from her father's head, already formed as an adult and even clothed. Dionysus, whose mother dies pregnant, is placed by Zeus on his thigh so that the gestation can end there. Athena will be the asexual virgin without mixture, of clear and mature individuation, who gives her name to the great city; Dionysus, in contrast, the effeminate god of ambiguity, of the intoxicating dissolution of wine, the ever newborn for his wet nurses the Bacchantes, the god of metamorphosis and the wild strength of the mountains. The tension between the two divinities allows us to trace the hidden fantasy on which the patriarchal regime of the West is based: that of dispensing with women for the reproduction of the species.

Keywords:

Dionysus, Athena, Parthenogenesis, Patriarchy

Fecha de recepción del artículo: 15/05/2023

Fecha de aceptación del artículo: 05/09/2023

Para citación de este artículo: Abadi, Florencia (2023). Sin madre concebidos: el absoluto patriarcal. *Anacronismo e Irrupción* 14 (25), 65-90.

I.

La mitología griega presenta dos casos en los que Zeus, el gran fecundador, también se embaraza y gesta. Atenea nace directamente de la cabeza del padre, ya conformada como adulta e incluso vestida. Dioniso, cuya madre muere encinta, es colocado por Zeus en su muslo para que termine allí la gestación. Atenea será la asexuada virgen sin mezcla, de nítida y madura individuación, que da nombre a la gran ciudad; Dioniso, en contraste, el afeminado dios de la ambigüedad, de la disolución embriagadora del vino, el siempre recién nacido para sus nodrizas las bacantes, el de las metamorfosis y la fuerza salvaje de los montes. La tensión entre ambas divinidades permite rastrear la fantasía oculta en que se funda el régimen patriarcal de Occidente: la de prescindir de la mujer para la reproducción de la especie.

En la mítica fundación del primer tribunal de justicia de la historia, que juzga un matricidio y declara inocente al criminal (Orestes), Atenea declara sin ambages que ella favorece al varón y desprecia tanto la figura materna como la vida de la mujer:

He de decir la última palabra. Doy mi sufragio a favor de Orestes. ¡Yo no tuve madre que al mundo me diera! Estoy a favor del varón, ¿qué me importa el himeneo? Al varón patrocino. Es el padre quien triunfa... ¿una mujer? Y, ¿qué es una mujer? Una mujer que es muerta...una mujer que mata (Esquilo). Madre no hay ni una sola, nos dice el más antiguo de los autores trágicos. Esta supresión de la madre sienta las bases de un mito cuya pervivencia no claudica: el de un universo de seres separados, que constituyen totalidades cerradas, cuya desconexión y clausura define lo que podemos llamar *el absoluto patriarcal* (de *absolvere*: desligar, soltar). Atenea representa precisamente esa rígida individuación, el sujeto como fundamento y principio, *causa sui* que rechaza todo devenir (toda infancia) así como toda dependencia de un otro, dependencia que

tiene en la figura materna algo más que un símbolo. Si sus palabras no fueron suficientemente claras, Apolo –cuyo oráculo ha aconsejado a Orestes que cometa el matricidio– nos explica:

No es la madre la que engendra al niño que da al mundo: nodriza solamente es que recibe y nutre el germen que en ella se siembra. Es el padre el que engendra al fecundarla. Ella es una extraña que recibe el don que se conserva, a no ser que los dioses fallen lo contrario. Tenéis la prueba de que un padre puede engendrar sin madre. Aquí está Atenea, hija de Zeus olímpico: nunca fue nutrida en la noche oscura de un seno maternal y no hay una diosa que pueda producir brote más hermoso y perfecto que ella.

Engendrar, crear, procrear, todos nombres de una relación, un vínculo, una continuidad confusa y caótica que solo en apariencia se les sustrae *únicamente* a las mujeres, concebidas aquí como receptáculos de una vida extraña. La idea de una partenogénesis masculina es quizás la más íntima y velada de la cultura occidental.

Las fisuras de este régimen no se hacen esperar. Si Zeus había *devorado* a Metis, la madre de Atenea, por temor a que continuara la cadena parricida, el relegamiento de la función materna a la nutrición guarda en su seno la rebeldía demente y salvaje de la disolución del individuo. La nodriza, expresión acabada del papel asignado a la mujer en la reproducción de la especie, puede convertirse en portadora de un éxtasis que rompa el orden político forjado por el absoluto patriarcal.

II.

Entre los misteriosos ritos del culto a Dioniso, hay uno en que sus devotas, las bacantes, para despertarlo, llaman desde la cima del Parnaso al dios, concebido aquí como un recién nacido del que ellas se consideran las nodrizas (el *liknítēs*, el que está en la cuna-tumba, reposando con Perséfone en el Hades hasta recibir el llamado). En el mito, las ménades con quienes estas mujeres se identifican son las ninfas que crían a Dioniso. En la descripción que Walter Otto hace del ritual, se despierta en ellas una inclinación maternal sin límites, por la cual ofrecen sus

pechos a las crías de las fieras salvajes para amamantarlas. Esta suerte de instinto materno se liga no solo a la nutrición, sino también al despedazamiento del bebé bajo los efectos de la posesión dionisiaca, e incluso a su ingesta cruda. Es notable que mientras la nutrición presenta un carácter universal –siendo así que el pecho es ofrecido sin restricción–, el despedazamiento tiende a preferir al hijo parido por la mujer, es decir, al hijo “propio”. Así puede verse sobre todo en algunos mitos sobre los enemigos de Dioniso: el rey Penteo, que en pos de conservar el orden se rehúsa a que las mujeres abandonen sus hogares para rendir culto al dios, será despedazado por su madre en estado de posesión; las hijas de Minias, que se resisten a su llamado para no ser arrancadas del decoro conyugal, despedazan en la insania a uno de sus hijos.

Podría pensarse que, en esos mitos, el castigo por rechazar la maternidad universal dionisiaca es la destrucción del hijo propio. Sin embargo, el despedazamiento es más que un castigo en la esfera dionisiaca, en que las bacantes despedazan animales como parte integral del culto; el propio Dioniso es despedazado siendo niño por los titanes que luego se lo comen. En la célebre lectura nietzscheana, se trata precisamente de los sufrimientos de la individuación que se opera sobre un Uno primordial. No hay entonces tal separación tranquilizadora: las bacantes son nodrizas y bailarinas, es decir que la nutrición y lo extático-destructivo son constitutivos, ambos, de la ambigua sustancia menádica, de la misma locura que –como enseña el mito– más conviene incluir que rechazar. Ya el lenguaje coloquial de la ternura expresa el deseo de comer al objeto que la suscita. En ese sentido, el estado de posesión (que asimila lo dionisiaco a lo erótico) supone un amor presto a devenir furia aniquiladora. Si como dice Derrida “la madre es la locura”, la represión de la madre en la lógica de Atenea responde al miedo a la locura intrínseco a toda simbología de virginidad. Virgen es la fuerza que se resiste a mezclarse, a fusionarse, a romperse. Eros y Dioniso son hermanos: uno expresa la división del yo, el otro su disolución. La unidad del yo, la formación del individuo, la obtiene el sujeto a través de la

violencia que ejerce sobre la desintegración que amenaza desde el fondo. La ambigüedad de Dioniso representa la imposibilidad de suprimir la locura que encarna en la madre.

III.

Según cuenta Roberto Calasso, el dios de la mitología hinduista Prajāpati creó seres sexuales luego de observar que sus primeras criaturas perfectas y autosuficientes desaparecían rápidamente: “¿Qué les faltaba? Los pezones. Esos orificios desde los que se podría transmitir el alimento a las criaturas, y así instaurar la cadena de los vivientes”. La continuidad está dada aquí por los pechos, que lejos de ser protuberancias son vistos como orificios, agujeros a través de los cuales puede transferirse la sustancia vital. La vida es una cadena o trama en que no existe nada suelto que pueda permanecer, y esa cadena depende precisamente de la nutrición.

La cadena alimenticia es entonces el símbolo de la inserción del ser viviente en algo mayor y, por eso mismo, de la capacidad de *recibir*, junto al sentimiento de gratitud concomitante. Melanie Klein, la psicoanalista que puso la nutrición en el centro de su concepción de la psiquis, fue la única en su campo que dio dignidad epistémica a la noción de gratitud, y mostró que sin ella no hay lazo posible, ni cura. En el marco de una teoría sobre los primeros meses de vida que debería ser leída como un mito, muestra que la confianza en la bondad de los demás, así como en la propia, procede del reconocimiento de haber recibido en aquella relación primera con el pecho. Pero en esa misma relación se engendran los impulsos agresivos, a partir de las ocasiones en que no se recibe la gratificación del pecho, en que este no está o se demora. La sensación de no haber recibido es el origen de la envidia –verdadero opuesto de la gratitud–, fuente del deseo de destruir que toma a veces la forma de la voracidad. El mayor mérito de Klein consiste en haber mostrado que el ser humano es la mezcla indisoluble de ambos impulsos, el que preserva y el que destruye. La idealización, mecanismo al

que la mujer y la maternidad han estado siempre expuestas de manera abusiva, forma parte de las defensas contra la envidia y por tanto de la envidia misma.

Si la idea de pertenecer a algo mayor, de estar inserto en una cadena vital, está vinculada a la figura de la madre, es en la medida en que esta nos permite asomarnos al siempre velado mecanismo ambivalente del conflicto como motor de la vida. Por eso da igual que la ambivalencia sea del bebé, como sucede en el mito kleiniano, o de la madre, como sugiere el mito dionisiaco: se trata siempre de la conformación del sujeto, que es hijo y madre en la medida en que está atravesado por el desgarramiento que supone la separación y la división.

IV.

Dioniso conoce la disolución de la individualidad, la ebriedad que hace permeables los bordes y acerca los cuerpos, pero tal disolución no garantiza lazo alguno, sino que es apenas condición de posibilidad. La elección de su pareja puede pensarse como un astuto modo de resolver tal aspecto: se casa con Ariadna, quien posee el hilo (el cordón umbilical) que trae de vuelta del laberinto de la razón, el hilo de la memoria capaz de construir una continuidad, un lazo duradero. Allí donde Teseo la abandona, en la desolada isla de Naxos, la recoge Dioniso para redimirla y elevarla al ámbito divino, pero también para redimirse y sanarse él mismo. La continuidad que representa la pareja de Dioniso y Ariadna no es la causal, sino que más bien admite el milagro (escondido siempre detrás de la fermentación del vino), el encuentro singular que cae fuera de toda ley. Si el encadenamiento lógico de las causas y efectos conduce al control, a la voluntad de explicar para así predecir y dominar, la continuidad singular del milagro amoroso permite salir del laberinto paranoide.

Lejos entonces de la previsible causalidad, la esfera dionisiaca se vincula a la inspiración: se nombra a Dioniso como el dios que llega, que

adviene, el dios de la epifanía. Este nos recuerda que no existen ideas propias, sino que también las ideas se insertan en una cadena (nutricia) de transmisión. Como explica Platón en el *Ion*, el entusiasmo inspirado se asimila a una cadena imantada que nos toma como mediadores o canales. En ese sentido, el iniciado en las verdades trágicas del culto dionisíaco aprende que no existe la causa creadora que pueda reclamar para sí lo creado, sino más bien una fuerza o melodía a la que asistimos y pertenecemos. La gratitud frente a la idea recibida define el reconocimiento de la transmisión que burla el gesto apropiador, demasiado humano; en cambio el robo, como explica Kant, presupone la propiedad.

V.

El absoluto patriarcal es el reino de la envidia, un universo de seres que no reconocen haber recibido nada. En este contexto, la misoginia es la expresión más acabada de esa envidia, lejos del presunto desprecio por la mujer. Este odio envidioso (que no conoce género) se dirige en principio hacia dos objetos fundamentales: el goce de la mujer y su capacidad creadora. En cuanto al primero, se imagina un goce absoluto, infinito, un orgasmo sin límites; en cuanto al segundo, una creación capaz de completar al sujeto a partir de un útero paradisíaco carente de conflicto. Estas dos idealizaciones envidiosas convergen de tal modo que la fantasía de ser concebidos sin madre es también la de ser concebidos sin pecado, sin sexo. No proceder de madre, no proceder del deseo. De este modo, la virginidad busca establecer su propia cadena: por eso quien es *sin pecado concebida* es la propia María, y no solamente Jesús. El absoluto patriarcal consiste en un rechazo no tanto de la madre como del conflicto que su figura encarna en la medida en que está atravesada por el deseo y la locura. La madre virgen no es un delirio cristiano, sino que vive en cada sujeto que se rehúsa a tomar el conflicto como camino de la cura.